



CREACIÓN DEL PENSAMIENTO / EL PENSAMIENTO DE LA CREACIÓN (EDUCAR EL EJERCICIO LIBRE DEL PENSAR –SEGÚN FOUCAULT)

SIGIFREDO ESQUIVEL MARIN
UAZ-IPEC

RESUMEN

En el siguiente ensayo se dilucida la obra de Michel Foucault a partir de su adscripción a una filosofía de la inmanencia que invita repensar las formas de lenguaje y subjetivación desde las nociones de cuerpo y un yo fisurado. Se busca asumir crítica y creativamente la crisis de la filosofía moderna con miras a repensar la filosofía de la educación contemporánea.

Palabras clave: pensamiento, creación, transgresión, lenguaje, filosofía de la educación.

INTRODUCCIÓN

Miguel Morey señala que una de las grandes aportaciones de Michel Foucault ha sido la renovación estilística del ensayo filosófico. Gran parte del reconocimiento de la obra foucaultiana proviene de una vitalidad literaria dotada de un estilo y rigor inusitados. Prologa Morey: “el ensayo es la puesta en obra de una distancia específica de la mirada, un cierto régimen de atención que se manifiesta en la elección misma de una modalidad enunciativa y la opción de lenguaje consiguiente que constituye un ámbito específico de problematización que depende de la aprobación final del lector” (Foucault, 1999, p. 16). Siguiendo a Nietzsche, Foucault prologa en el segundo volumen de la *Historia de la sexualidad*, a manera de testamento literario, que el ensayo tiene que ser entendido como prueba modificadora de uno mismo. Cuerpo vivo de la filosofía y ascesis de un yo descentrado, el ensayo ensaya la experimentación del sí mismo en el pensamiento; habría que releer a Foucault desde Montaigne. La relectura de la obra de Foucault desde el ensayismo y la noción de escritura como cuidado de sí potencia una veta rica en el seno de las discusiones de la filosofía de la educación contemporánea. Proseguimos un par de trazos y trazas, que el lector emprenda sus derivas.





TRANSGRESIÓN, CUERPO Y ESCRITURA EN FOUCAULT

La búsqueda de formas, estrategias y estilos de subjetivación está ligada –en Foucault– a una búsqueda literaria que excede las formas canónicas, dado que se ubica en una zona de exterioridad entre la literatura, las humanidades y el arte, y consiste en interrogar las experiencias límites, explorar ese umbral donde se escinde el pensamiento clásico de la modernidad, ver lo no visto y previsto por el discurso. La escritura ensayística contribuye a una política de la experiencia que capta de otro modo el aliento del pensamiento en el trasvase de los juegos de escritura. La escritura juega un papel clave en la expresión de la experiencia del pensamiento como pensamiento que se experimenta en transgresión constante. Escritura, pensamiento y lectura son tres momentos de una misma metamorfosis de auto-transformación. Si leer implica perder el rostro y la identidad y escribir es potenciar la experiencia de una alteridad inmanente que re-envía efectos de autocreación cómplice que imanta ese juego abierto, en espiral, de leer y escribir.

La búsqueda foucaultiana estética y ética de los ochentas se puede rastrear, por lo menos, desde los años 50's. En efecto ya en 1954, en la "Introducción" a *El sueño y la existencia* de Binswanger, Foucault crea un comentario que se produce como una extensión suplementaria que crítica, contextualiza y replantea la obra de Binswanger desde los intereses estéticos y filosóficos de Foucault en pos recuperar el sentido radicalmente subversivo del sueño, la imagen onírica y la imaginación radical. Plantea una antropología de la expresión. A través de la significación del sueño en la imaginación busca restituir las formas fundamentales de la existencia como la libertad, la afirmación trágica de la vida ante la alienación, y búsqueda de "la felicidad, en el orden empírico, que no puede ser sino *una felicidad de expresión*" (Foucault, 1999, p. 120). Asimismo en la "Introducción a Rousseau", en *Rousseau juge de Jean-Jacques*, publicado en la editorial Colin en 1962, vuelve a dilucidar las complejas relaciones entre lenguaje, pensamiento y escritura. Aclara que sólo el lenguaje de una obra abierta puede ser delirante, franqueamiento, pura transgresión. Las formas realmente transgresivas del erotismo, la vida cotidiana y el arte –según Foucault– las encontramos en el espacio singular e inestable que se despliega entre los umbrales de experiencias limítrofes y márgenes de lenguaje.

A partir de Lautremont y Sade, el espacio del lenguaje se vela y revela como espacio de la experiencia de lo imposible. La transgresión del lenguaje radicalizada por Georges Bataille será decisiva





para entender el pensamiento foucaultiano, tanto en sus temas, problemas, como en sus estilos y ensayos. La transgresión sexual y erótica le interesa a Foucault sobre todo en términos de transgresión ética y estética, esto es, en un estilo de escritura y pensamiento. En tanto concierne al límite, la transgresión es un juego que nos sitúa en la incertidumbre. El límite se abre violentamente sobre lo ilimitado, sobre una plenitud extraña que se celebra más allá de negaciones y afirmaciones. Es la experimentación de la pérdida y la violencia como única verdad. No hay nada negativo, pues la transgresión afirma el ser en su apertura trágica; “afirmación de la partición” (Foucault, 1999, p. 168). Al descubrir la posibilidad de una afirmación no positiva, la filosofía contemporánea inaugura una nueva revolución en el pensamiento crítico después de Kant. Esta filosofía de la afirmación no positiva, de la prueba del límite –afirma Foucault–, es la que Blanchot definió como principio de contestación.

El pensamiento contemporáneo se abisma más allá de los feudos del saber sistemático y seguro. Ensayo otras formas literarias, otros géneros y estilos. Espacio de experimentación, donde el sujeto en lugar de expresarse, se expone, va al encuentro de su propia finitud, mortalidad y errancia. Al hacer del estilo un asunto inherente de la propia filosofía, el pensamiento contemporáneo ha asumido un espacio plural de enunciación que no puede desdeñar las diferencias y singularidades que configuran la escritura como espacio de creación y autocreación. El carácter de género literario de la filosofía no debe entenderse, no necesariamente, como recurso a la facilidad frívola o al adorno retórico, sino que más bien se tiene que entender a partir de la búsqueda de construcción del espacio idóneo para que habite el pensamiento.

La filosofía como género literario nos conduce al llamado atento de lo que nos da qué pensar. Arte del tuteo radical e interpelación interminable, la filosofía, y en esto coincide plenamente con la literatura, no se puede concebir sin la escucha de la alteridad. Desde la antigua relación maestro-discípulo (el pensamiento como diálogo del alma), hasta la moderna relación escritor-lector (el pensamiento como acto de ensayar y ensayarse). Al respecto Miguel Morey (2007, pp. 454-455) en *Pequeñas doctrinas de la soledad* ha escrito: “Un ensayo diseña siempre cierto tipo de experimento complejo en el que se trata de pensar un problema en el espacio de lo que sólo puede ser escrito. Un ejercicio de aprendizaje que atiende a la cuestión del sentido y el valor de los acontecimientos”.

En la evolución foucaultiana opera una radicalización de una obra que promueve la creación de modos de vida donde el cuerpo juega un papel estratégico. Entre 1978 y 1984 se gestan modificaciones,





consignadas al principio de *El uso de los placeres*, en torno a la emergencia de líneas de subjetivación. Líneas que abren un itinerario vital donde las preguntas crean respuestas que a su vez regresan como *boomerang* en nuevas interrogaciones. En este sentido la ensayística de Foucault reclama un nuevo lector: más atento e irónico, más crítico y amoroso, más apasionado e irreverente. Alguien que interviene, que trabaja con materiales heterogéneos y libres intuiciones. En tanto problematización compleja, la escritura ensayística busca una relectura que sea una confrontación con lo escrito. Prueba modificadora del sí mismo, el ensayo busca ensayarse, ir fuera de los confines de lo literario y ahondar en la vida desnuda. Si la ensayística foucaultiana ensaya una ontología del presente es porque la cuestión sería cómo es posible ser y pensar de otro modo. De ahí que la escritura pueda ser una extensión de la política, una micro-política de transgresión. En “Diálogo sobre el poder”, conversación y debate informal con estudiantes de Los Ángeles, en Mayo de 1975, Foucault ha concebido sus libros no cómo depositarios de saber, doctrina y/o verdad, sino como la fabricación de herramientas concebidas con fines concretos, lo cual no excluye que sean usadas para los fines más diversos y a veces contrapuestos. En todo caso su sueño es construir libros-bomba, esto significa: “Confeccionar libros que sean útiles precisamente en el momento en que uno los escribe o los lee. Acto seguido desaparecerían. Serían unos libros tales que desaparecerían poco tiempo después de que se hubieran leído o utilizado” (Foucault, 1999a, p. 72). A Foucault le interesó siempre la filosofía y la literatura como asuntos prácticos, como actividades concretas, como acciones y no como abstracciones.

El cuidado de sí no se puede ver, leer y escuchar al margen del murmullo del discurso. La práctica del cultivo sí mismo le permite al sujeto desaprender y desaprenderse. Más que cultivo de la cultura, el cultivo de sí tiene una función curativa y terapéutica, está más próximo al modelo médico que al pedagógico. A partir de una relectura, a contracorriente, de la historia de la subjetividad y los modelos de subjetivación, Foucault había planeado, sin haber concretado por su prematura muerte, una serie de estudios que implicaban una reordenación del proyecto de Historia de la sexualidad, donde la temática de la escritura de sí estaría en la última parte. De ahí la publicación de “L’écriture de soi”, en *Corps écrit*, en febrero de 1983 (Foucault, 1999a, p. 289). Mientras tanto, se había programado en ediciones du Seuil una serie de estudios con el título de *El gobierno de sí y de los otros*. Foucault pretendía que sus ensayos sobre la escritura de sí mismo fueran parte de un proyecto mayor sobre “las artes del sí mismo”, es decir, sobre la estética de la existencia y el gobierno de sí y de los otros. La escritura de sí vela y revela, mitiga y amortigua la soledad del escribiente. Ofrece una mirada sobre lo ya hecho y deshecho, pensado e





imaginado. Arma de combate espiritual y carnal, la escritura expresa el movimiento interior del alma: práctica activa, aprendizaje vital. Filósofos como Séneca y Epicteto insistían en la escritura como un ejercicio singular. Los antiguos meditaron en y desde el acto de escribir: el espacio de la escritura despliega el espacio de la meditación. El trabajo del pensamiento es un trabajo literario y viceversa La re-escritura en tanto relectura activa potencia la meditación, medio de subjetivación para constituirse a sí mismo, conlleva un diagnóstico de lo que sucede hoy, y abre un espacio de libertad concreta, de transformación posible (Foucault, 1999a, p. 325).

Un pensamiento de las fisuras implica un ejercicio práctico, así como la ontología del presente – ontología de nosotros mismos– es irreductible a una teoría, doctrina o saber, es preciso concebirla como una actitud, un *éthos*, una vida filosófica que despliega la crítica de lo que somos como creación de nuevos umbrales de vida. De ahí que la filosofía práctica de Foucault sea de la inmanencia, del sí mismo como epicentro de exploraciones y experimentaciones, en suma, la filosofía foucaultiana es filosofía del cuerpo puesto que las formas de análisis del saber, poder, discurso y verdad son estrategias de dilucidación de uno mismo, de los pliegues de subjetivación y autocreación de libertad. El ejercicio sobre la propia libertad es “una labor paciente que da forma a la impaciencia de la libertad” (Foucault, 1999a, p. 352). Misma que acerca a Foucault a Blanchot, dado que conlleva una movilidad de la búsqueda y el viaje que se realiza mediante afirmaciones violentas y transgresoras. Según Blanchot “la espera errante es la experiencia del tiempo” (Hoppenot, 2002, pp. 7-25). La escritura fragmentaria pone de manifiesto la futilidad esencial de todo obrar. La transgresión profunda del lenguaje que anima la escritura fragmentaria es uno de los motivos centrales que atraen el diálogo intenso, y a la vez, discreto, que se elabora entre las obras de Blanchot, Foucault y Deleuze.

LA FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN

La transgresión del lenguaje sugiere la subversión de la experiencia y el orden existente. La filosofía de la educación hoy tendría que abrirse a la renovación incesante del lenguaje. Deshacerse de los viejos hábitos intelectuales exige –según Foucault y Deleuze– desaprender el juego dogmático del pensamiento y su sano sentido común. La filosofía de la educación tendría que tomar distancia frente a los discursos salutíferos, normativos, impositivos. Más imaginación crítica y menos prescripción del Atlas que carga en sus espaldas al mundo social. Su objeto de dilucidación es claro: el proceso de enseñanza-





aprendizaje, la experiencia educativa, la práctica y los procesos educativos, pero siempre en atención al juego polifónico de subjetivación. Hay que liberar el análisis del pesado fardo de dar soluciones a la ingente problemática social que acarrea la educación en la sociedad contemporánea, no por irresponsabilidad, sino precisamente para resignificar el sentido de la responsabilidad y de la respuesta más allá de soluciones al vapor. La filosofía de la educación versa y conversa sobre la condición humana situada en su perspectiva educable, en formación y recreación abiertas. Iluminar lúcidamente la acción educativa – según ha dicho (Amilburu: 2012) – no se pueda reducir al pensamiento calculador de la racionalidad instrumental. Dilucidar el espacio educativo es un ejercicio de interrogación sin fin y sin finalidad, únicamente en la gratuidad del juego libre emerge una producción de subjetividad libre, creativa, afirmativa.

La Filosofía de la Educación interroga el ser y acontecer de la educación, ¿qué es la educación?, ¿Quién y por qué educar?, ¿cómo y para qué hacerlo? ¿Es posible clarificar la comprensión del ser humano educado y educable y hasta dónde? Se asume que detrás del proyecto de educación estaría el proyecto de sociedad y de ser humano, por ende, problematizar la educación sería dilucidar el sentido de lo humano en su amplitud y gravedad.

El espacio del libre pensamiento que instaura el dispositivo filosófico de la interrogación puede generar conocimientos, guías y rutas, pero su finalidad es replantear las respuestas dadas y preestablecidas como preguntas. Retrotraer las respuestas y las acciones humanas a su interrogación viva posibilita la mayor libertad que es posible potenciar en el seno de la creación. Para ello es preciso recuperar la escritura pensante del ensayismo y alejarse del “paper académico” estandarizado.

En la educación, el recurso a la filosofía debe asumir como apertura de un potencial y arsenal inédito del pensamiento que busca clarificar el lenguaje, la experiencia y los discursos educativos más allá de su dimensión instrumental e inmediata. En su libre juego inquisitivo, la argumentación filosófica dinamita las consignas y el pensamiento hegemónico que permea el espectro educativo. Interpela tanto el pragmatismo técnico instrumental como el universalismo formalista imperial. Asimismo, se recupera la tradición como diálogo vivo y no como un conjunto de saberes sacralizados. La filosofía de la educación tendría que potenciar la indagación más crítica y libre a través de la genealogía de los conceptos, las prácticas y los juegos de subjetivación. Aquí se impone, por su fuerza y urgencia, la apertura al libre juego de la creación del pensamiento sin más. La filosofía de la educación no preexiste





ni conduce a ninguna prescripción, –como quisiera Deleuze (1999) – constituye una relación física con los demás y un estilo de vida.

EN LUGAR DE CONCLUSIONES

Frente a las nuevas estrategias de control social y las biopolíticas educativas hegemónicas de corte instrumental y al servicio del mercado tenemos que potenciar otras formas de pensar/intervenir/crear/recrear. Si bien jamás podemos estar al margen de las relaciones de poder, siempre queda la posibilidad de transformar las cosas. Sin resistencia activa no habría relaciones de poder. La resistencia no es simplemente negación, sino más bien redundante en un proceso de creación y recreación, de transformación de situaciones. Resistir es participar activamente en el proceso que teje y desteje el bucle de relaciones.

Hoy se trata de resistir, de hacer de la existencia, y del pensar, un acto de resistencia. Preservar la existencia, fuera del estado y las instituciones políticas y económicas, constituye una innovación política, una creación política. Los movimientos sociales contemporáneos y las iniciativas singulares transforman nuestras vidas individuales y colectivas. En “Espacios diferentes”, un texto póstumo y testamentario, pues aunque fue escrito en 1967, Foucault no autoriza su publicación sino hasta la primavera de 1984, nos habla de la política de los cuerpos, como algo que nos remite al espacio, a su problematización. De ahí que la inquietud del espacio sea hoy –según él– mucho más relevante que la del tiempo. Y a pesar de todas las técnicas, procedimientos, formalizaciones, el espacio contemporáneo no está completamente desacralizado. Siguiendo a Bachelard, Foucault considera que el espacio no es homogéneo, inerte o vacío. El espacio está poblado de fantasmas, energías, pasiones y fuerzas. Foucault denomina heterotopología a un doble ejercicio de impugnación y resignificación del espacio, una impugnación mítica y real del espacio en que vivimos. Frente a las utopías que reordenan el espacio bajo una administración temporal, las heterotopías tienen el poder de complicar el espacio real desde otros espacios virtuales, logra yuxtaponer en un solo lugar varios espacios en sí mismos incompatibles. Considero, que el arte, la política cotidiana y la experiencia educativa desde sus actores, tienen este poder de convocatoria intersticial de recreación ontológica del espacio: la resistencia que se libra en el arte, la educación informal y los movimientos sociales hoy puede propiciar la emergencia de heterotopías abiertas a la imaginación.





BIBLIOGRAFÍA Y REFERENCIAS

Amilburu-García. (2012). Filosofía de la Educación. Cuestiones de hoy y de siempre, Narcea: Madrid.

Deleuze, G. (1999). Conversaciones (1972-1990), Valencia: Pre-textos.

Foucault, M. (1999). "El pensamiento del afuera", Entre filosofía y literatura. Obras esenciales, Barcelona: Paidós.

Foucault, M. (1999a). Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales, Volumen III, Barcelona: Paidós.

Hoppenot, Eric (2002) "Maurice Blanchot y la escritura fragmentaria: El tiempo y la ausencia de tiempo", en consultado el 18 de mayo del 2015 en <http://perso.wanadoo.es/juangregorio/invitados/Hoppenot/hop1.htm>

Morey, M. (2007). Pequeñas doctrinas de la soledad, México: Sexto Piso.

